

# SANTO DOMINGUITO DEL VAL (AÑO 1243-1250)

Por **Jesús María Ruiz Ayúcar** De la Real Academia de Ciencias Históricas de Toledo

**D**ominguito del Val nació en Zaragoza el año 1243. Era rey de Aragón Jaime el Conquistador. Media España estaba bajo el dominio de los moros y en cada pecho español se albergaba un cruzado.

Se llamaban sus padres Sancho del Val e Isabel Sancho. Su madre era zaragozana, y su padre, de origen francés, cuyo padre había luchado a favor del rey Alfonso el Batallador defendiendo a Zaragoza. Pero Sancho del Val prefirió las letras, llegando a ser fedatario o especie de notario.

De ese matrimonio nació Domingo, al que se le llamaba Dominguito, el cual fue monaguillo de la catedral de Zaragoza, o como se les llamaba entonces "infantico".

Desde pequeño se le vieron unas condiciones, especialmente su piedad, que aumentaban en el niño según crecía, lo que indujo a los padres a dedicarlo al sacerdocio. Cuando fue mayorcito lo enviaron a la catedral. Entonces la catedral era la casa de Dios y, al mismo tiempo, escuela. Todas las mañanas, al salir el sol, hacía Dominguito el camino que separaba el barrio de San Miguel de la Seo. Una vez allí, lo primero que hacía era ayudar a misa y cantar en el coro.

Cumplido fielmente su oficio de monaguillo, bajaba al claustro de la catedral a empezar la tarea escolar. Con el capiscol o maestro de canto ensayaban los himnos, salmos y antifonas del oficio divino. La tarea escolar incluía más cosas. Había que aprender a leer, a contar, a escribir.

La historia que le da fama a Dominguito viene a partir de esta etapa de su vida. Diariamente el niño tenía que realizar el mismo recorrido, pasando por el barrio judío.

Existía la creencia, transmitida de generación en generación, de que los judíos solían amasar los alimentos de su cena pascual con sangre de niños cristianos. Esta historia se repite una y otra vez, no solo en España, sino en Francia, Alemania e Inglaterra, dode se han conservado los nombres de algunos de esos niños: Simón de Livolés, Ricardo de Norwick, el Niño de la Guardia y Santo Dominguito del Val.

En la Partidas de Alfonso El Sabio ya se había escrito que: "Oyemos decir que los judíos hicieron, et facem el día de Viernes Santo remembranza de la pasión de Nuestro Señor, furtando los niños et poniéndolos en la cruz, et faciendo imágenes de cera et crucificándolas, cuando los niños no pueden haber". Pero lo cierto y verdad es que solamente lo ha oído, no comprobado mediante denuncia alguna.

La leyenda negra contra el pueblo judío se hace cada vez más agobiante, y no hay ocasión en que no se aproveche cualquier circunstancia para perseguirles. Y la manera más fácil de llegar a los instintos más sensibles es la de decir que los judíos sacrifican a los niños.

El poder económico de los judíos eran por entonces muy grande en Zaragoza. La leyenda nos dice que en la sinagoga se había recordado "que al que presentase un niño cristiano sería eximido de penas y tributos". Se sabe que los judíos tributaban entre ellos mismo para entregarlo al rey.

Antiguas tradiciones indican que un adivino judío anunció que si echaban a las aguas del río el corazón de un cristiano y una Hostia consagrada, todos los seguidores de Cristo que bebieran de esas aguas morirían.

Y un sábado al terminar de explicar la Ley el rabino, dijo: "Necesitamos sangre cristiana. Si celebramos sin ella la fiesta de la Pascua, Jehová podrá echarnos en cara nuestra negligencia".

Era el miércoles 31 de agosto de 1250. Consiguieron que una vieja, tras haber comulgado, les diera una Hostia consagrada. Faltaba el corazón. Solía pasar Domingo por las callejuelas del barrio judío camino de su casa una vez que había concluido sus ensayos en el coro de la catedral, ya casi de noche. De repente, y antes de poder reaccionar o poder lanzar un grito, nota que algo se le echa encima. Son las manos de Mosé Albayucet, propietario de una de las tiendas por donde pasaba a diario Dominguito, que le cubren el rostro con un manto. Le impide que pueda gritar y le lleva a su casa.



Aquella misma noche le llevan a la casa de uno de los rabinos de ciudad, donde se forma un tribunal como el de Pilatos, haciendo cada uno de los presente un papel diferente. Le preguntan si persiste en querer seguir siendo seguidor de Cristo, y él exclama que sí, que prefiere la muerte antes que ser traidor a la religión de Nuestro Señor Jesús. Realizado el juicio le declaran culpable y la sentencia es de muerte, y así, con sus vestidos de acólito y cantor, lo crucifican.

Dice la leyenda que seguidamente "arrimáronle a una pared, renovando furiosos en él la pasión del divino Redentor; crucificáronle, horadando con algunos clavos sus manos y pies; abriéronle el costado con una lanza, y cuando hubo expirado, para que no se descubriese tan enorme maldad, lo envolvieron y ataron en un lío y lo enterraron en la orilla del Ebro en el silencio de la noche."

Abrieron sus venas para recoger la sangre que iba a ser el jugo con que amasasen los panes ácidos de la Pascua.

Una vez muerto, le cortaron las manos y la cabeza, que arrojaron a un pozo de la casa. Su cuerpo mutilado fue llevado a orillas del Ebro. Allí sería más difícil encontrarlo.

Mientras en la casa de Sancho del Val se lloraba de dolor por la desaparición del niño, una extraña luz aparecía en la ribera del Ebro. Los guardas del puente de barcas echado sobre el río habían visto con asombro durante varios días el mismo